

El Fondo de Cultura Económica de México acaba de publicar, en la colección Tierra Firme, **Antología de la poesía hispanoamericana**, selección, prólogo y notas del crítico y poeta colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, actual agregado cultural de su país en el nuestro. El prólogo está datado en Buenos Aires, agosto de 1984.

El tema es la poesía de los últimos cincuenta años en la América hispánica, el área mayor de la lengua española y de la mayoría de los hispanohablantes. Quedan representados doce países, se incluye a sesenta y siete poetas, se reproducen casi trescientos cincuenta poemas. Dentro de la esencial unidad del idioma se aprecian matices nacionales y regionales, que con el paso del tiempo, los medios de comunicación y la concentración urbana se van atenuando. En diez lustros hay experiencias comunes, actitudes estéticas, sociales, políticas que vienen y van. La idea, más atendida que el canto, corre desde el acoso existencial hasta el humor corrosivo, pero predomina la poesía pura o de exclusiva intención poética. En el vasto panorama, que supone muchas lecturas, una de las primeras impresiones es que la unidad se destaca

por sobre la diversidad, muy rica por cierto.

Recorriendo países y poetas

Se incluye a poetas nacidos entre 1910 y 1939: van desde los setenta y cinco a los cuarenta y cinco, con una producción que abarca las cinco décadas corridas desde 1935. Medio siglo inmediatamente posterior al medio siglo que registró la memorable antología de Federico de Onís en 1934. Varias selecciones se publicaron desde entonces, algunas excelentes; la de Cobo Borda pone en quinientas páginas el panorama más completo. Para todo lector hay sorpresas y hallazgos; los menos familiarizados descubren un acervo de gran riqueza, poesía hispanoamericana de tomo y lomo. (También lo fue la modernista; algunos críticos parecen ir descubriendo que el modernismo fue un fenómeno esencialmente americano, pero eso ya lo razonó Alfonso Reyes hace más de sesenta años, el mismo representante del posmodernismo o segunda etapa de esa renovación poética encabezada por Darío, el gran libertador, a la que hay quien considera el romanticismo original de que carecimos.)

México figura con trece

poetas: José Carlos Becerra, Rubén Bonifaz Nuño, Francisco Cervantes, Alf Chumacero, Jaime García Terrés, Efraín Huerta, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Jaime Sabines, Gabriel Zaid, Tomás Segovia (nacido en España). La Argentina figura con nueve: Juan Gelman, Alberto Girri, Roberto Juárez, Francisco Madariaga, Enrique Molina, Olga Orozco, Alejandra Pizarnik, Alfredo Veiravé, Saúl Yurkievich. Colombia figura con ocho: José Manuel Arango, Eduardo Carranza, Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán Durán, Jaime Jaramillo Escobar, Alvaro Mutis, Giovanni Quessep, Mario Rivero. Cuba, con ocho: Gastón Baquero, Eliseo Diego, Roberto Fernández Retamar, Finna García Marrus, Fayad Jamís, José Lezama Li-

(Continúa en la PÁGINA SIGUIENTE)



Ilustración de Jorge A. Elissetche

NUESTRO TIEMPO...

(Viene de la PÁGINA ANTERIOR)

ma, Herberto Padilla, Cintio Vitier, Venezuela, con siete: Rafael Cadenas, Vicente Gerbasi, Juan Liscano, Eugenio Montejo, Ramón Palomares, Juan Sánchez Peñalé, Guillermo Sucre. Chile, con seis: Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa, Oscar Hahn, Enrique Lihn, Nicanor Parramón, Gonzalo Rojas. También Perú figura con seis: Carlos Germán Belí, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Blanca Varela, Emilio Adolfo Westphalen. Nicaragua figura con cinco: Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, Carlos Martínez Riva, Ernesto Mejía Sánchez, Joaquín Pasos. Uruguay dos: Idea Vilariño, Ida Vitale. César Dávila Andrade representa a Ecuador, Roque Dalton a El Salvador y Jaime Sáenz a Bolivia. Quedan sin representación Guatemala, Honduras, Costa Rica, Panamá,

la República Dominicana, Puerto Rico, Paraguay. Los poetas se suceden cronológicamente y en la parte correspondiente se dan las fechas de nacimiento y muerte y la bibliografía: no hay datos biográficos, tampoco en el prólogo; la intención es hacer un panorama de la poesía, no de los poetas. Lamentablemente, falta al pie de cada poema la mención del libro al que pertenece: ésta conviene, no sólo por un orden general, sino para ubicar al poema dentro de la producción del autor; algunos llevan cinco décadas de publicar libros. El número de poemas que se reproducen de cada autor —desde uno hasta diez— no significa preeminencia: José Manuel Arango, único que figura con diez poemas, ocupa cuatro páginas; Octavio Paz, que figura con tres, ocupa veintisiete (es el poeta al que se concede mayor espacio), Gastón Baquero,

del que se da un solo poema, ocupa diez. Son muchos los poemas extensos.

Algunos de los sesenta y siete han muerto: Eduardo Carranza (1913-1985), Jorge Gaitán Durán (1924-1962), José Lezama Lima (1910-1976), José Carlos Becerra (1936-1970), Efraín Huerta (1914-1982), Sebastián Salazar Bondy (1924-1965), Ernesto Mejía Sánchez (1924-1985), Joaquín Pasos (1914-1947), Roque Dalton (1935-1975), César Dávila Andrade (1918-1967), Alejandra Pizarnik (1936-1972). El de más edad es Enrique Molina: nació en 1910. Esta fecha límite impide que, entre otros grandes poetas, se incluya a dos, uno vivo, otro muerto, que llenan vastamente el último medio siglo: Borges (1899), el "otro libertador" según Cobo Borda, y Pablo Neruda (1904-1973).

La poesía, esa gran relegada

¿Cuántos de estos nombres conoce el lector? ¿Con la obra de cuántos de ellos está familiarizado? Salvo algunos cumbres, las tiradas son reducidas, los libros de poemas son los que menos cruzan las fronteras, no abundan los que llegan a cubrir el espacio razonable del propio país. La reticencia a consumir poesía, innegable en nuestra América, se debería, según opinión que corre como moneda de buen cuño, a la creciente tendencia al hermetismo, a la falta de apoyo en recursos mnemotécnicos (medida, rima), a la proliferación de poetas tan fríamente inmersos en sí mismos que a medida que se los va leyendo se los va olvidando. La explicación no es tan sencilla. En todo caso, los poe-

mas reunidos no la justifican ni admiten. El material es de alto nivel y en general su ingreso en nuestra inteligencia y estima es inmediato. ¡Píense el lector en la suma que se le ofrece en un volumen! La poesía de nuestra América está injustamente relegada con respecto a la novelística de los últimos años. Es poesía de valor universal.

Ninguno de los poetas congregados está de más. En cuanto a los que faltan, o puede que falten, depende del gusto de cada uno o del refunfuño de los excluidos. La tarea de Cobo Borda tiene validez docente, destinada a larga vigencia.

En cuarenta y cinco páginas el prólogo analiza los orígenes, fuentes y desarrollo, los vasos comunicantes, las afinidades que se dan de una punta a otra del territorio, los matices y propósitos, universalidad, neorrománticos, invencionistas, surrealistas, etc. No hay vacilaciones ni digresiones, el criterio es sereno y firme, la condición de americano de nuestra época —serlo y parecerlo—, indispensable para el ingreso. Noble defensa de la poesía, de una poesía en movimiento, como supo definir Octavio Paz. También el poeta es testigo, un testigo capaz de registrar claves oscuras de la realidad y lo inmediato, con rescates sin límite.

Cobo Borda aprecia tres direcciones principales: la reacción crítica, la superación por el camino de la poesía pura, la negación radical de la poesía modernista. "La poesía —dijo T. S. Eliot en El bosque sagrado— no es un derrame, sino un escape de la emoción; no es la expresión de la personalidad, sino un escape



Juan Gustavo Cobo Borda

de la personalidad. Solo los que tienen personalidad y emoción saben lo que significa escapar de ellas". Por su parte, Edmund Wilson sostuvo en El castillo de Axel: "La historia literaria de nuestro tiempo es, en gran parte, la del desarrollo del simbolismo y de su fusión o conflicto con el naturalismo". Y Paul Valéry pensaba que el poema es un problema intelectual que hay que resolver ("retomando, para renovarlas de nuestra memoria"). Cobo Borda destaca estos entronques conceptuales ampliamente válidos, que no se contradicen.

Hacia 1935, cuando comenzó la actividad creadora de los primeros poetas aquí antologados, cabía suponer que ya no quedaban en nuestra América cisnes a quienes torcer el cuello de engafoso plumaje. Los había, los siguió habiendo, los

hay. No tienen cabida en esta antología.

En cuanto a las sorpresas y hallazgos que el deterioro ahora cartografiado depara, confieso una personal (no es la única): Giovanni Quessep, el colombiano nacido en 1959, último de los incluidos. El poema que cierra el libro se titula, significativamente, "Alguien se salva por escuchar al ruiseñor":

Digamos que una tarde El ruiseñor cantó Sobre esta piedra Porque al tocarla El tiempo no nos hiere No todo estuvo olvidado Algo nos queda Entre las ruinas pienso Que nunca será polvo Quien vio su vuelo O escuchó su canto.

"Mutatis mutandi", esta delicada miniatura podría figurar en la antología griega. Los dioses sonríen. La poesía, palabra en el tiempo.



Roy Bartholomew

EL NOCTAMBULO

El noctámbulo descubre hojas, laúdes. Pisa salamandras, se aproxima al balanceo de la arboleda negra.

En su mirada florece la astromelia, destila el veneno de las serpientes que abandonan su piel sobre las piedras.

La noche impulsa rumores, estrellas, para el noctámbulo, y a su lado corre un caballo con crines de luciérnagas.

El noctámbulo siente bajar el maíz por las colinas, la vía láctea espesa como un rebaño de ovejas en la sombra.

El noctámbulo recuerda los meses, visita los mercados que huelen a pelambre de asnos, que reúnen repollos y melones abiertos y mujeres envueltas en paños rojos.

El noctámbulo desconoce el odio del mercader, desprecia los tapices.

Se recuesta y prefiere dormir como un mendigo.

Vicente Gerbasi (Venezuela)

AUSCHWITZ NO FUE EL JARDIN DE MI INFANCIA

Auschwitz no fue el jardín de mi infancia. Yo crecí entre bestias y yerbas, y en mi casa la pobreza encendía su candil en las noches. Los árboles se cargaban de nidos y de estrellas, por los caminos pasaba asustándose una yegua muy blanca. Auschwitz no fue el jardín de mi infancia. Sólo puedo recordar el sacrificio de las lagartijas, el fuego oscuro del hogar en las noches de viento, las muchachas bañando sus risas en el río la camisa sudada de mi padre, y el miedo ante el brutal estallido de las aguas. Auschwitz no fue el jardín de mi infancia. Comí caramelos y lágrimas, en mi avión de madera conquisté nubes de yerba y no de piel humana. Soy un privilegiado de este tiempo, crecí bajo la luz violenta de mi tierra, nadie me obligó a andar a cuatro patas, y cuando me preguntan mi nombre un rayo parte la sombra de una guásimas.

Fayad Jamís (Cuba)